

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8644

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras, de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 20 de Agosto de 1890.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 10.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras. Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

LA ESGRIMA.

Es el arte de disciplinar los músculos reflexiva y ordenadamente preparándolos para el ataque y defensa con superioridad.

El asalto es una serie de combates con armas sin punta ni filo, en los que se observan fielmente las reglas científicas de la esgrima, con el objeto de patentizar en hechos la destreza y vigor de dos combatientes, la inmovilidad del tronco en la armonía de las actitudes, la posesión de sí mismo, la presencia de espíritu, la perspicacia en el conocimiento rápido del flaco del adversario, la viveza en las paradas, la precisión al tirarse á fondo, la seguridad y aplomo en la guardia, la precaución en el retroceso, el arte de cubrirse y la sagacidad en la simulación de una parada, poniendo en acción el organismo psicomotor y reflejando en la ejecución el golpe de vista certero, la resolución de la voluntad, la agilidad de la imaginación en la invención de planes, y el conocimiento exacto de nuestras propias fuerzas.

Hoy que tan poco se atiende á la gimnasia disciplinada, conviene insistir en la propaganda de un género de ejercicio que, además de proporcionar ventajas en la defensa, dota al organismo de vigor armónico, de músculos y centros cerebrales que, al desarrollarse por el esfuerzo, como son á la vez psíquicos, despiertan acordadas y paralelamente la doble acción que desempeñan.

La esgrima crea fuerza nerviosa, la ahorra, la deposita, la condensa latente en el cerebro para disponer de ella cuando se necesite. La rivalidad táctica que origina el asalto prolonga la resistencia á la fatiga, lo imprevisible del ataque varía inculcablemente la serie ideal de planes rápidos, que descomponen una postura del adversario, determinando cada actitud, cada amago, un nuevo giro á las ideas, que no representan en lo interior, no ya al combatiente que tenemos enfrente, sino su intención, delatada en un movimiento imperceptible.

La excitación de la lucha mueve todos los resortes, pone en libertad la fuerza almacenada, borra la sensación del cansancio, activa la circulación de la vida, duplica las fuerzas, suaviza las articulaciones, distiende los ligamentos, quema el tejido adiposo, consume la grasa y da tonalidad y energía á los músculos, que á nuestra vista se contraen bajo la piel, aumentando la temperatura total del cuerpo de medio á un grado.

Fuera de la natación, no hay ejercicio más armónico, siempre que se haga con ambas manos: los miembros adquieren gran agilidad y fuerza en las flexiones y extensiones, disparándose como un resorte al partir á fondo; la contracción en guardia gasta más energía muscular que el mismo movimiento; la atención, despierta á cada oscilación del acero contrario, activa el espíritu de observación; la necesidad de parar y contestar instantáneamente, acelera las decisiones de

nuestra voluntad: al guardar la distancia hay que aplicar el juicio al ojo, reforzando la medida adecuada de su acomodación; el pecho agranda su diámetro; el corazón palpita de prisa; las vísceras, sacudidas, no dejan que se estanque la sangre venosa; el talle se yergue; la sangre absorbe más oxígeno, el pulmón expela más ácido carbónico, y la función de la piel, el sudor, suspendida en invierno, entra en acción, depurando el organismo de elementos sobrantes, y todo el cuerpo parece que renace, caldeándose el ánimo con el estímulo de nuevas sensaciones, que ahuyentan tristezas y melancolías, dejando al sujeto fresco, sereno y dispuesto, sedados los nervios, aplacada la excitación mental y con un remanente mayor de fuerza que refluye al cerebro en la lucha diaria por la existencia.

En el asalto la hoja del arma se vuelve sensible, adquiriendo por ella la mano el tacto exquisito y la delicadeza precisa de un sentido vigilante que se alarga.

El ojo se acostumbra al golpe de vista repentino, el juicio discierne por reflexión momentánea la línea que ha de seguir, la velocidad y precisión de un golpe de tiempo seguro y la cantidad proporcional de fuerzas que los complejos sistemas de músculos despliegan en determinado segundo.

El que metódicamente ejercita la esgrima, come bien, duerme mejor, descansa de la fatiga intelectual; con el desarrollo físico, equilibra su mente, se evita las múltiples afecciones que consigo trae la vida sedentaria, da energía á su voluntad, nutre mejor su encéfalo por el acúmulo de sangre que en el movimiento precipita; se proporciona durante breves momentos el ardor febril, deriva á sus músculos la fuerza creadora, fecundándose á sí propio, en lugar de estragarse en la incontinencia, y desarrolla íntegramente su cerebro convirtiendo en actos las ideas.

Suponen algunos que el ejercicio de la esgrima vuelve al sujeto provocador y duelista. Nada más contrario. Conozco á gran número de excelentes tiradores que han envejecido sin merecer el honor de que nadie les desafíe.

El que conoce las armas es más respetado, y como no ignora el peligro, es más respetuoso con los demás, pues lo primero que experimentalmente adquiere es el dominio de sí mismo, la detención de todo impulso automático é irreflexivo.

La célula cerebral y la fibra muscular son extremos que se tocan por un hilo.

No puede desarrollarse la una sin la otra. Toda acción requiere un punto de partida ideal.

Pero así como la idea determina la voluntad, ésta, cuando tiene conciencia de su fuerza, se ejerce en refrenarse á sí propia.

La esgrima transforma los impulsos reflejos, instintivos, automáticos, en acciones conscientes, calculadas y enlazadas á un fin.

El que deja inactivos sus músculos, paraliza su alma, atrofia secciones circunscritas de su cerebro.

La célula nerviosa actúa á la manera de una pila, se descarga en el músculo y cada esfuerzo voluntario productor de una contracción, origina un movimiento de desintegración é integración paralelos, que desarrollan ambos órganos.

Dominándose, se aprende á disponer en un segundo de la excitación latente difundida en los músculos.

Los adversarios pasan minutos enteros observándose, espíandose, inmóviles al parecer, tensos los músculos, de repente, uno de ellos parte á fondo, colando la hoja por un resquecio imperceptible: ha aprovechado un des-

Cada combinación es una operación intelectual muy complicada; instantáneamente hecha.

Esta coordinación previa exige un enorme gasto de fuerza nerviosa, la energía excitante de la contracción ha descendido al músculo, pero allí se detiene y agota hasta que viene la orden del cerebro y se dispara el golpe recto.

Este poder de detenerse á sí propio, de estar en acecho y á la espera meditando, es uno de los ejercicios que más vigorizan la voluntad, y, por consiguiente, el cerebro.

No es, pues, la esgrima oficio de gañanes. No se tira con los músculos, sino con los nervios.

Por eso la sobria inmovilidad de los maestros, fatiga más que el aturrido agitarse de los novicios.

Este aplomo es el mayor esfuerzo posible de la voluntad que á sí propia se vence, y por eso mismo constituye la esgrima una indicación terapéutica en ciertos casos de «debilidad irritable» que caracteriza á algunas neurosis.

Forma, pues, parte de la educación cerebral y equivale, como gasto nervioso, al que costaría la solución de un problema difícil.

Existe entre la esgrima y la gimnasia una notable diferencia. La última requiere sólo músculos, fuerza corporal, poco ó ningún trabajo psíquico. El cerebro asiste pasivamente á la acción automática desarrollada por el impulso inicial. No así la esgrima, en que la fuerza es el factor menos importante. El impulso, en ella, está retenido; el cuerpo es un muelle elástico que no se va del seguro; el cerebral contiene los músculos, los sujeta, los mantiene tensos y vibrantes, mientras observa al contrario, y sigue sus movimientos, trazando á cada cambio una nueva combinación ideal, aprovechando una línea descubierta para descargar el golpe fulminante.

Por eso cansa más que la gimnasia. El gasto es mayor, y el consumo de fuerzas más rápido, variado, complejo y momentáneo.

La lucha es consciente, reflexiva y voluntaria. La acción refleja, solo viene como última fase del movimiento ideal. Hay que adoptarse á las condiciones del contrario, defenderse y atacar, combatiendo por la existencia.

¿Y qué otra cosa es la vida social más que una esgrima en grande?

ESCUDEU.

Variedades.

¡MELONES!

La otra mañana, dando un paseo, que es lo único que puede darse en estos tiempos sin más gasto que el de las suelas de los zapatos, me detuve un poco ante un vendedor de melones que señalando á la pila, decía con todas sus fuerzas pulmonares:

—¡A los gordos y dulces melones valencianos!

Y enseguida el pobre vendedor se mesaba los cabellos, increpaba á toda la corte celestial y se daba golpes en la frente, sin duda por que dentro de ella no se producía la solución que deseaba.

Viéndole en aquel estado, la curiosidad impulsóme á preguntarle algo.

Observando el hombre que me acercaba, se apresuró á ofrecermé la mercancía.

—No vengo á comprar nada;—le respondí.

—Me lo esperaba—añadió él, casi resignado.

—Y ¿porqué se lo esperaba usted?

—Pues, porque me está pasando una cosa que no me ha pasado nunca.

Cuatro días hace que tengo esta pila lo mismo que usted la vé.

Llega la gente, se acerca, los examina, pero apenas oyen el pregón, los sueltan y se marchan.

—¿Será que con la voz los asusta usted?

—No, señor. Siempre he gritado lo mismo que ahora; siempre he dicho lo mismo, y me ha sucedido al contrario de lo que ahora me sucede.

Mientras así se expresaba, habían llegado al puesto dos señoras y otros varios individuos.

Mi hombre se anima un poco y exclama:

—¡A los buenos melones que acaban de llegar de Valencia!

Terminar el pregón y desaparecer todos aquellos individuos como bandada de pájaros, fue todo una misma cosa.

—¿Lo ve Vd.? ¿Lo está Vd. viendo? repitió el melonero. ¿No hay para desesperarse con lo que á mí me sucede?

—No por cierto—le respondí.—Hábleme con franqueza: ¿son verdaderamente valencianos esos melones?

—Pues con franqueza, no señor. Pero tampoco lo han sido otros años, y he vendido infinidad de ellos.

—Pues, nada, siga mi consejo. Pregone la verdad, y observará las consecuencias.

—Voy á hacerlo, porque Vd. lo quiere; no porque crea adelantar nada, ya que los de Valencia son mucho mejores que los de Málaga.

—Pruebe Vd. y me dará las gracias.

El buen hombre se lleva la mano á la boca para ahuecarla más, y grita:

—¡A los ricos melones de la vega de Málaga, que acaban de llegar ahora mismo!

¿Cuál no sería su sorpresa al ver que dicho eso tres ó cuatro veces empezó una venta como jamás la había tenido?

Aprovechando una «clarita», me dijo alegre como unas Pascuas:

—Vd. me ha salvado.

¿Pero es posible que haya tanta ignorancia, como para creer ahora todo el mundo que los melones de Málaga son mejores que los de Valencia?

Yo, en cambio, me alejé pensando lo siguiente:

—Este hombre es probablemente de los que no saben leer, y de los que juzgan á los periódicos como papeles enteramente inútiles.

Pero en el pasado llevaba la penitencia.

Si él no hubiera sido un «melón», hubiera vendido perfectamente los suyos, sin saltar á la verdad y sin necesidad de mi indicación.

José Carlos Bruna.

PENSAMIENTOS... PROFUNDOS

Es bueno que se muera la gente... pero que no se muera del cólera, porque no se celebran entierros, y, por lo tanto, no ganamos una peseta.

Un sacristán.

La Sra. Condesa de Riquelme es muy hermosa; sus delicados contornos, cubiertos con el finísimo raso, atraen la vista y marean los sentidos, pero... ¡qué trampo-

sa es!

¡Pues no me debe todavía cuatro trajes!

Un comerciante.

Soy uno de los hombres más elevados...